

riendiendo con su compungido semblante y aire apesadumado la ira que ardía en el pecho de todos los que veían desaparecer con los Parlamentos los últimos elementos de resistencia contra el despotismo real. Precisamente al mismo tiempo se distribuía el folleto que Barnave, un joven de veintisiete años y que no había de pasar de los treinta y dos, había escrito para revelar á sus conciudadanos el *Esíritu de los edictos registrados MILITARMENTE en Grenoble el día 10 de Mayo de 1788*. Este folleto destinado á grande celebridad, no vale la milésima parte de un discurso de su autor, del rival de Mirabeau, pero venía en el momento preciso, y era un hombre del Tercer estado el que decía y probaba que era necesario salvar los Parlamentos por lo mismo que en su seno se encontraba el germen restaurador de las Asambleas nacionales.

Lejos de nosotros creer que el folleto de Barnave determinaba explosión de cólera del 7 de Junio, pero también nos parecería temerario olvidarlo, en el momento mismo en que tanta trascendencia tuvo.

A las diez de la mañana había principiado la manifestación de la magistratura, y al poco rato, dice Weber, «toda la curia llena las calles, las plazas y las casas de Grenoble. Un procurador dirige los movimientos. Por todas partes no se oye más que un grito, el Parlamento es desterrado de la ciudad, y la ciudad va á quedar sumida en la miseria. Las tiendas se cierran... Todas las campanas tocan á somatén. El populacho se divide entonces en varios grupos. Unos corren á las diferentes puertas de la ciudad, las cierran y se apoderan de las llaves, á pesar de haber doblado el comandante sus guardias. Otros van á casa del primer presidente y en casa de los demás magistrados y les secuestran sus baules y carruajes, y con amenazas, dulces para los que las recibían, les prohíben que abandonen la población. Otros se han encargado de tener en respeto á los cuerpos de guardia diseminados por la ciudad, mientras que el cuerpo principal de los amotinados se abre paso hasta el palacio del gobernador» con el objeto de arrancarle la orden para que vuelvan á abrirse las puertas del palacio de justicia.

Durante su carrera tropezó con varios destacamentos de los regimientos de la guarnición, con las tropas de los regimientos de Austracia y *Royal marine*. Un destacamento de este último cuerpo se dirigía á su puesto, cuando se vió asaltado por un numeroso grupo que pedían que los soldados fraternizaran con el pueblo. Este grupo de soldados

iba mandado por un bearnés, por un simple sargento, por un hombre á quien el antiguo régimen le había cerrado las puertas de la carrera militar, pues no poseía aquella nobleza de abolengo necesaria para elevarse á los grandes puestos de la milicia, ese sargento se llamaba entonces pura y simplemente Bernadotte, y no tenía más que veinticuatro años. A los cuarenta era mariscal de Francia, á los cuarenta y seis era príncipe real de Suecia, y á los cincuenta y cuatro rey de Suecia, en donde todavía reina su dinastía. Este sargento, poco amigo de la indisciplina, mantuvo firme su gente, y como llegara para ella el momento crítico, sin vacilar mandó hacer fuego. La descarga hizo dos víctimas, pero le abrió el paso, que no fué tampoco fácil, pues desde los tejados y balcones de las casas le acometen con proyectiles de todas clases, y más de uno dió en su cuerpo causándole contusiones y heridas.

Desembarazadas las calles de tropas fué invadido el palacio del gobernador sin que su guardia fuerte de 300 hombres hiciese la debida resistencia, viniendo en consecuencia á quedar en poder de los que asaltaron su casa y á su merced. Arrancósele por la violencia la orden para que se abrieran las puertas del palacio de la justicia, y viendo pendiente sobre su cabeza una hacha que hubo de recordar más tarde, dió igualmente orden para que el presidente del Parlamento volviera á funcionar. Este obedeció y se aplicó, desde luégo, junto con sus colegas á restablecer el orden y la calma, logrando que los montañeses que al toque de somatén habían acudido regresaran á sus casas, partiendo después los miembros del Parlamento y de una manera disimulada para los puntos de su destierro. Tal fué la famosa *jornada de las tejas* que llenó de entusiasmo á las ciudades francesas y de escándalo á la corte.

Pero si el Parlamento se había retirado porque tal vez le asustó el descaro con que los curiales dirigieron los movimientos del 7, no se había retirado la comisión permanente de la nobleza, que ganosa de cubrir los desórdenes, llamó á una reunión á las personas de más viso de la ciudad, hidalgos, concejales, clero é individuos del Tercer estado. Celebróse la reunión el día 14 de Junio en las casas consistoriales de Grenoble, bajo la presidencia del barón des Adrets, antiguo síndico de la nobleza. La proposición sobre la que debía resolverse, versaba sobre la conveniencia de reunirse la provincia en Asamblea general, proposición atrevidísima y revolucionaria en extremo.

Sabedor de la reunión el gobernador, le envió al mayor de plaza con orden de disolverse, pero la reunión desobedeció la orden del rey y continuó deliberando. La resistencia al proyecto de la Asamblea provincial, que pedían fuera votada por aclamación las dos primeras órdenes, encontraba invencible repugnancia en el Tercer estado, que sobre no fiar mucho en ellas no quería estar á su merced. Así, cuando de los bancos de la nobleza salió una voz que nadie contradujo, según cuenta el mismo Mounier, diciendo, «y queda bien entendido que en la futura Asamblea el Tercer estado tendrá un número de miembros igual al de las otras dos órdenes,» todas las vacilaciones cesaron, y el mismo Mounier, por confesión propia lo sabemos, fué desde aquel momento su más caluroso partidario, puesto que tal concesión implicaba de hecho el voto por cabeza. La reunión se disolvió después de haber acordado la reunión de las tres órdenes en Grenoble para el próximo 21 de Julio. Nótese bien, que á la cara de las autoridades, locales, del gobierno y del rey, una Asamblea ilegal convocaba de nuevo otra todavía más ilegal para el mes de Julio, y esto con cinco semanas de anticipación para que nadie se llamase á engaño, y como pudiera hacerlo el gobierno legítimo del país.

Brienne tuvo necesariamente que intervenir, ¿podía dejar que fueran ahora reuniéndose los vecinos de los pueblos del Delfinado para dar su asentimiento á lo acordado y elegir sus representantes? El ministro principal lo prohibió. Nadie le hizo caso. Para impedir la desobediencia en Grenoble llamó á dos de los cuatro cónsules de la ciudad á la corte, prohibiendo á los otros dos celebrar sesión, pero éstos también desobedecieron, hubo sesión é invasión del salón por las gentes más autorizadas de las tres órdenes.

Viendo Brienne que no podía contener el movimiento de las provincias, lanzó con fecha 5 de Julio un decreto, anunciando la próxima convocación de los *Estados generales*, á la vez que abría una información pública sobre la manera de constituir una Asamblea que fuera verdaderamente nacional, pero ni en Grenoble, ni en Rennes, ni en Pau, ni en parte alguna contuvo ese decreto el movimiento de protesta, por lo mismo que no era afirmativo en ningún punto, y ya no se conseguía nada con este medio de anunciar las reformas. La nación era ya tan hábil y diplomática como sus ministros. Como nada se conseguía con el decreto de 5 de Julio y el 21 de Julio se aproximaba, el arzobispo celebró varias reuniones con la representación de la nobleza

y los cónsules de Grenoble para disuadirles de celebrar una reunión que era el último bofetón dado al gobierno, pero sus buenas palabras, sus buenos consejos y sus propósitos reformistas, se estrellaron ante la reserva de la comisión de la nobleza, y de la incapacidad de los cónsules para contraer compromiso alguno. Obligado á renunciar á este sistema de engaños y creyendo imponerse, destituyó al duque de Clermont-Tonnerre y puso en su puesto al mariscal de Vaux, que pasaba, según Weber, por ser el hombre más enérgico y violento que tuviera el ejército francés. ¿Y qué hizo el terrible guerrero?

Apenas se había instalado en su gobierno, expidió una orden prohibiendo el uso de escarapelas azules y amarillas que se habían adoptado como emblema patriótico, por ser los colores de la provincia. Todo el mundo obedeció, pero al mismo tiempo la nobleza puso en *escisión* al mariscal, como si dijéramos en enterdicho, esto es, rompió con él toda relación social, pero no sin declararle rotundamente que la reunión del 21 se celebraría á pesar de todos los pesares. El mariscal se dió por avisado y escribió al ministro diciéndole que le había enviado demasiado tarde, «que cuando toda la nobleza de una provincia afirma su resolución de reunirse, esta reunión se celebrará aunque sea á la boca de los cañones,» por todo lo cual, estima oportuno aconsejar que se procure que esta reunión no se celebre en Grenoble, sino en lugar apartado, á fin de evitar tumultos y evidentemente con la idea de quitarle importancia. Autorizado ó no para este arreglo, esto se hizo, y se acordó que la reunión tuviera lugar en el castillo de Vizille, antigua residencia de los delfines de la provincia.

Vaux, llegado el día, mandó á Vizille buen número de tropas, pero los diputados no se arredaron por esto y acudieron todos á la cita. ¿Acaso la representación de la provincia no merecía que un regimiento se moviera para su seguridad y respeto?

Seiscientos quince miembros se reunieron en Vizille el día 21 de Julio; 50 eclesiásticos, pero no asistió ningún prelado; 165 nobles y 400 individuos del Tercer estado, entre los que había muchos clérigos. Los nobles y otros que por circunstancias especiales no pudieron asistir delegaron su representación, de modo que fuera de los prelados, puede decirse que allí estaba presente toda la provincia. Al constituirse la Asamblea, se nombró presidente al conde de Morges y secretario á Mounier.

Mounier fué el alma de la Asamblea, él lo orga-



nizó todo, él lo previó todo y la Asamblea bajo su inteligente dirección votó las siguientes resoluciones:

«Que las tres órdenes, del Delfinado, tienen por infames y traidores á la patria, á todos cuantos hayan aceptado ó acepten funciones en ejecución de los nuevos edictos.

«Que apresurándose las tres órdenes de la provincia á dar un ejemplo á todos los franceses de su adhesión á la monarquía, y prontos á todos los sa-

crificios que puedan exigir la seguridad y la gloria del trono, no concederán los impuestos, ni por dones gratuitos, ni de otra manera, sino previa deliberación de sus representantes en los *Estados generales* del reino.

«Que en los Estados de la provincia, los diputados del Tercer estado entrarán en número igual al de las dos primeras órdenes reunidas; que todos los cargos serán electivos, y que las prestaciones personales se reemplazarán por una imposi-



SIEYÈS

ción sobre las tres órdenes, conforme á la transacción de 1554.

«Que las tres órdenes del Delfinado no separarán jamás su causa de la de las otras provincias, y que al sostener sus derechos particulares no abandonarán jamás los de la nación.»

Tales son las principales resoluciones tomadas en Vizille. Pero estas resoluciones necesitaban un comentario, y el mismo Mounier que las había redactado se encargó de escribirlo. En las *remonstrances* de la Asamblea que se acordaron también en aquel famoso día, se lee lo siguiente: «Al hablar de nuestros privilegios, estamos muy lejos de abandonar los intereses de los otros franceses. Todas las provincias tienen cartas que les exceptúan de impuestos arbitrarios y aún cuando no las tuvieran, no por esto deberían estar menos exceptuados de ellos. Ni el tiempo ni el lugar pueden legitimar el despotismo. *Los derechos de los hombres derivan de la*

*nación sola, y son independientes de sus convenciones.*» Tal es el comentario de Mounier, y sin negar que pudo inspirar á Barnave tal concepto, lo cierto es, que fué Barnave el primero en proclamar la solidaridad de todos los franceses en frente del particularismo, y la necesidad de renunciar los privilegios provinciales y locales en beneficio de la patria común y de la libertad.

El efecto de esas reclamaciones fué extraordinario y por todas partes se comentaron con extraordinaria animación, enardeciendo todas las fantasías. El Tercer estado, se decía, ha hablado y ha hablado para afirmar la unidad de la patria, cuando la nobleza del Bearn y de Bretaña habían amenazado con la separación. El patriotismo estaba del lado del Tercer estado, y desde este momento, en toda Francia se afirmó la idea de la nación una é indivisible que con tanta sangre había de cimentar la Revolución.

Peró aún debemos hablar de otra insurrección, digámoslo así, parlamentaria más inesperada y que desconcertó por completo los planes de Lomenie de Brienne, siendo indudablemente causa de la debilidad que demostró en frente de la revolución provincial.

El arzobispo de Tolosa recordando que durante mucho tiempo había sido el jefe y la voz más escuchada de la Asamblea del clero, creyó que sería de un grande efecto poner esta Asamblea del lado de los edictos, pues como el clero ejercía una influencia extraordinaria en los pueblos, era en primer tér-



BARNAVE

mino asegurar la defección de éstos en el movimiento provincial, y luego poner la discordia entre las dos primeras órdenes del Estado. Brienne quería además pedir á la Asamblea del clero dinero, que podía dar según Droz á expensas de los monjes «que tanta gente combatían y tan pocos defendían,» pues partiendo de la idea de que al clero era á quien menos convenía la reunión de los *Estados generales* cuya convocación se hacía inminente si no se sacaba dinero de un lado ú otro, creía que no se haría de

rogar. Meciéndose en estas ilusiones dispuso su reunión.

Grandes censuras se han dirigido á la Asamblea por haberse extralimitado. Antiguos y modernos, hasta el mismo Chérest, juzgan severamente su intrusión en la esfera política. ¿Pero quién les incitó, mas, quién le abrió las puertas para que pudiese hacer efectiva esa intervención? ¿No fué el mismo arzobispo, el mismo gobierno quien le invitó á que se pronunciase en favor de los edictos? ¿Por qué si